

Queda prohibida la reproducción de artículos publicados en LA VANGUARDIA sin indicar la procedencia.

De mi rebotica

XIX

Arturo Osona.—Su extranjerismo y conversión al catalanismo.—Sus guías-itinerarios.—Sus excursiones.—Renuncia a la nacionalidad española y se hace súbdito andorrano.—El epitafio de NINI.

El caso más curioso y especial de alpinista infatigable y propagador del excursionismo entre los catalanes, lo constituyó don Arturo Osona y Formentí, barcelonés de nacimiento, aunque residente en Igualada desde la primera mocedad, en donde sus ascendientes, el doctor Alberto Osona, sacerdote y orador famoso en el siglo XVIII, y el doctor Juan Osona, médico y alcalde de Igualada en el siglo XIX, hicieron famoso el apellido. Fué don Arturo el tipo más cabal del bon vivant, llanote y campechano, quien desde mucho antes del 1870, motivado por el comercio de joyería que ejercía como comisionista, viajó algo por Francia, Suiza y Alemania, contrayendo en seguida el morbo hispanófilo y convirtiéndose en apologista incondicional de todo lo extranjero y en detractor acérrimo de lo de casa. Decía en voz harto recia y golpeando fuertemente las espaldas de su interlocutor, que no había ferrocarriles, hoteles, ni comercios, mejores que los de allende los Pirineos, en lo cual tenía razón por aquellos tiempos; pero no tenía sinceridad para añadir que nuestros museos, colecciones particulares y nuestras desatendidas bellezas agrestes eran tan dignas de ser conocidas como las más apreciadas del extranjero. Brindando con Johannisberg, con sus correspondientes alemanes: con Pomard y Beanjoisais, con los franceses, entre un queso Neuchatel y un doble de cerveza de Munich, era en Barcelona el arconte supremo y el divulgador entusiasta de todo cuanto oliese a extranjerismo. Si las sociedades de atracción de forasteros, no españolas, se hubiesen constituido medio siglo atrás, hubieran debido de otorgarle la subvención más espléndida; pues nadie les dispuso jamás protección ni reclamos más incondicionales. Pero dentro de sus exageraciones tartarinescas, Arturo Osona tuvo un fondo de patriotismo regional, tan constante é impulsivo, como luego vamos á ver.

A la Associació Catalanista d'excursions científicas, de Barcelona, llamada después Centre Excursionista de Catalunya, se debió la conversión plena y decisiva de Osona á la causa catalanista. Admitido en ella como socio de número, en 1878, trató y acompañó en varias excursiones por nuestras montañas á los miembros más entusiastas de la misma y de la amistad, la discusión y del conocimiento más directo de nuestras bellezas naturales y monumentales, arraigó en Osona la persuasión íntima de que lo bueno de casa no era apreciado porque... nadie se había dado la pena de darlo á conocer. Y como él, en su calidad de propietario de la villa de Breda, conocía palmo á palmo todos los vericuetos, atajos y sendas de las vertientes del Montseny, puso manos á la obra de su primer libro Excursió á la montanya del Montseny, que firmó modestamente con el pseudónimo Un propietari de la vila de Breda.

Tenían los franceses, sus Guides Joanne; Badaeker, más tarde, hizo prácticas y útiles sus Guides no menos famosas; pero en Cataluña nadie había acometido la empresa de facilitar el excursionismo publicando itinerarios de regiones, cuencas fluviales, serranías ó espacios litorales de terminados, exceptuando la loable iniciativa de Jaime Massó y Torrents, que había empezado ya la serie, Catalunya per sos rius de la que publicó dos volúmenes en su biblioteca de L'Avenc. Las inmejorables y exactas Guías del Pirineo de César Torres, tardaron algunos años en aparecer. La obra de Arturo Osona mereció plácemes efusivos del grupo de excursionistas del Centre, agotóse la edición de la Guía del Montseny que Osona reprodujo en 1880, ya en su nombre y con versiones castellana y francesa, y el nada sedentario comisionista de joyería, en la plenitud de sus fuerzas y juveniles entusiasmos, lanzóse al apostolado del excursionismo con un tesón y vigor, tales, que bien merecieron la pluma de un Alfonso Daudet para ser aquí fielmente descritos.

En veinte años de incesantes correrías, diónos Osona más de veinte tomos ó guías de Cataluña, incluyendo en dos volúmenes diversos su Excursió á la Schwartzwald (Selva Negra) y Mas excursions pels Alps, postrer tributo que su amor al extranjero pagó redactando dos verdaderas monografías que por contener, la primera especialmente, preciosos datos folk-lóricos de leyendas de la comarca, resultan lo más serio, interesante y consistente de la abnegada labor de Arturo Osona. Este,

emancipóse bien pronto de la presencia de los demás excursionistas, á los que profesaba entrañable afecto, pero á los que empezaba ya á mirar algo compasivamente, pues no les veía muy dispuestos á lanzarse como él, á devorar á pie kilómetros y más kilómetros, uno y otro día, sin más finalidad que la de poder anotar en el carnet de observaciones: Desde 1 kil. 47, al poble de R: 29 minuts; de R, á la bifurcació de la carretera, (kil. 52), 16 minuts; de la bifurcació á S; 44 minuts; jerga convencional y nada práctica si no se indica á que velocidad, ó con que vehículo, eran esos minutos devorados.

Salía de casa al romper el alba, vestido de rayadillo en verano y de pana azul-oscuro en invierno, armado de un alpenstock, y provisto de barometro anerode, termómetro, brújula y aun a veces de martillos, cuerdas y garfios para investigaciones espeológicas. Completaban su ajuar varios frascos de brandy ó wisky, un tarro de extracto Liebig, y un ligero botiquín de campaña. Usó en ciertas temporadas el salakoff de paja ó lona, y en otras el hongo de alas flexibles. Llegaba á la estación, siempre acompañado de su fiel perro Nini, un falderillo desmedrado y molesto, y presto dábbase á conocer su presencia en el andén por la gritería estemporánea con que, ó saludaba á algún amigo, ó vituperaba acremente el mal estado del material ferroviario. Ya el tren

Ya el tren en marcha, no cesaba de perorar de omni re scibili y, llegado á la estación que constituía el punto de partida de sus investigaciones, emprendía á pie y atrayendo la curiosidad de no pocas gentes, marchas y contramarchas, por cerros y cumbres, laderas y altozanos, siempre infatigable, llenando su carnet de anotaciones sobre distancias y actitudes, pero sin que nunca atrajesen su atención, ni le distrajesen de sus observaciones, ni un paisaje risueño, ni un oasis de sol de rojos destellos, ni una flor silvestre de matices raros ó delicados aromas. Andar!, siempre andar!, tal era su obsesión y su delirio. Comía en mesones pobres y destartados, casi siempre mal y aprisa, y su tarro de Liebig sazónaba á veces guisos infernales ó indigestos; pagaba bien y armaba frecuentes pendencias cuando algún campesino no daba su brazo á torcer en las materias de disputa que Osona le proponía. Regresaba, ya anochecido, á Barcelona, y antes de acostarse ponía en orden sus anotaciones y al día siguiente mandaba á la imprenta las cuartillas de sus trabajos itinerarios. En los veinte volúmenes que contienen unos tres mil y pico, hállanse perfectamente revelados el espíritu y la estéril actividad de su autor. Ni una consideración estética, ni un ingenioso epifonema histórico, ni un dato psicológico, ni una observación sociológica, ni económica, apunta en ellos; sólo distancias y más distancias, bifurcaciones de carreteras y horarios de trenes, nombres de hoteles y posadas, de guías y alturas barométricas, en muchedumbre empalagosa, aburren al lector. Cuando topa con un monumento insigne, ó con un resto de belleza artística ó importancia arqueológica, entonces tiene el acierto de enmudecer y hace hablar al primer monografista que trató del mismo y así Pellicer, Hernández Sanahuja, Girbal, Salarich, Ventalló, Pleyan, Mosén Segura, Piferrer, Cuadrado, ó Bosfarull ó Balaguer, entran al lector de las Guías-Osona de cosas, hechos y personajes que hubiera sido crimen imperdonable callar ó omitir.

Al sobrevenir el desastre colonial de 1898, Arturo Osona, «lleno de vergüenza nacional», como él decía, decidió no llamarse jamás español y renunció á nuestra nacionalidad haciéndose súbdito de la República de Andorra y poniendo después de su nombre en sus tarjetas: Andorrain. (Sujet de la France.) Es un rasgo que para el historiador tiene un valor incalculable. Sin dejar tampoco sus correrías, sin juventud ni bríos para emprenderlas muy lejanas, prosiguió devorando kilómetros por los alrededores de Barcelona.

El nunca bien llorado Ramón Arabia y Solanas, en los comienzos de las tareas de excursionismo de Arturo Osona le ayudó no poco en la redacción de sus primeros libros y le inició en el dominio de la lengua y en el de la forma literaria, con más buena voluntad que éxito. Otros excursionistas ayudaron después á Osona en sus tareas y todos, como ya apuntamos, le fueron abandonando resistiéndose muy justamente á coadyuvar á unas tareas tan fatigosas y estériles. José Castellanos no le negó nunca su cooperación desinteresada y así vemos figurar su nombre en la portada de varios Guías, como colaborador en las mismas. Tampoco le abandonó el perrillo Nini, que murió en 1900, un año antes que su dueño, y al que éste honró con una lápida de mármol con esta inscripción: Aquí jau Nini, gos fidel, company d'excursions de l' Arthur Osona. Molts homes poden aprendre d'ell, de no cansarse ni queixarse. R. I. P.

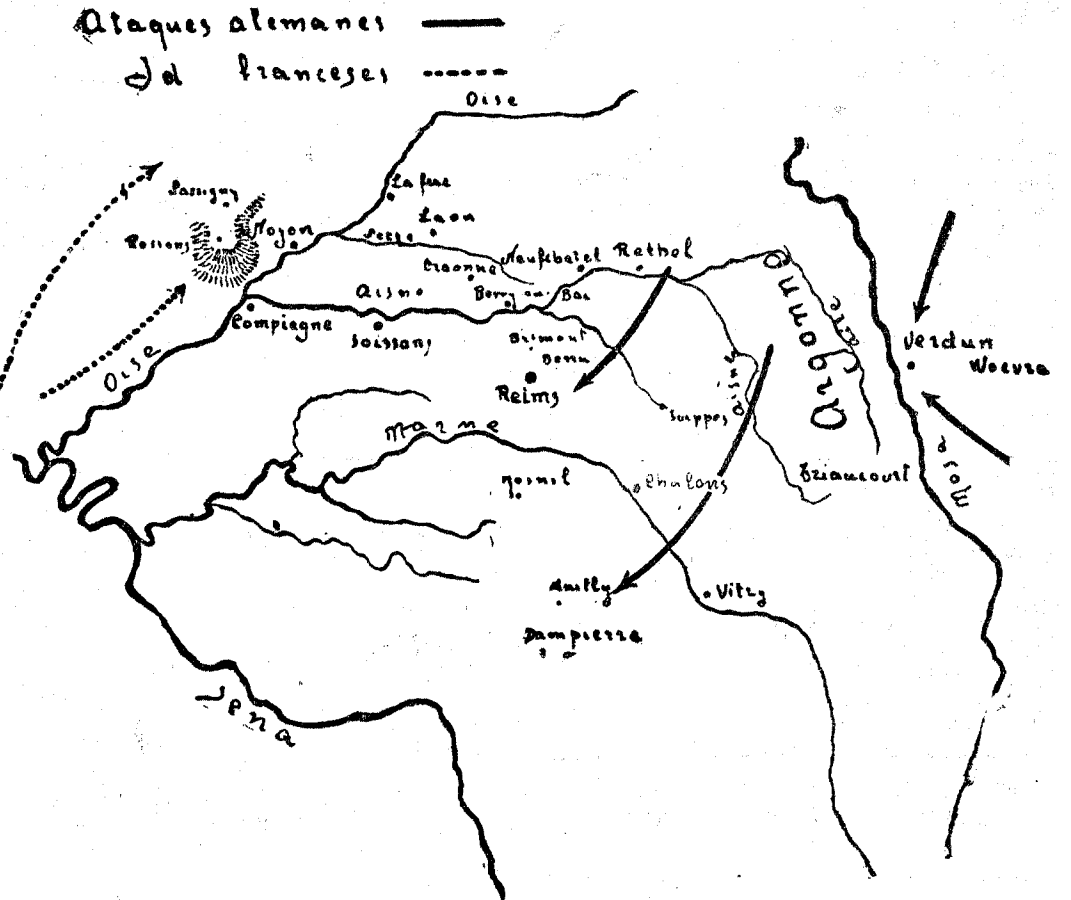
Dejando aparte la humorada irrevérente que tal epitafio podría encerrar, nadie pondrá en duda la oportuna y exacta originalidad que encierra el mismo.

ARTURO MASHIERA

Cotidianas

En un periódico de provincias he leído un procedimiento curiosísimo para despertar á la hora que á uno le dé la gana, por muy tarde que se acueste, y sin necesidad de despertador. Este procedimiento, además de curiosísimo, es, al decir del periódico de referencia, infalible, por lo cual me apresuro á ponerlo en conocimiento de aquellos de mis lectores que tienen necesidad de levantarse temprano y no tienen cuatro pesetas para comprar un despertador barato.

Consiste en lo siguiente: «Después de acostado boca arriba y á los primeros asomos de sueño, para no distraer la imaginación, estirará su cuerpo de modo que adquiera casi la rigidez cataleptica, con los brazos muy ceñidos á los lados y con las manos abiertas pegadas á los muslos. Ya así, con mucha lentitud, se va encogiendo una pierna arrastrando el pie hasta que el talón toque con la región glútea; después, y con igual lentitud, se vuelve á estirar la pierna hasta que quede en su primera posición y se cuenta uno, dos, tres, etc.; es decir, los números sucesivos hasta el de la ho-



La batalla del Aisne

ra en que se desea despertar. Llegada la hora, y por muy profundo que sea el sueño, despierta el individuo sin saber por qué.»

Es sencillo, ¿verdad? Y sobre todo, económico. Se basa, como ustedes ven, en una autosugestión obtenida por el cómodo procedimiento de estirar la pata. No cuesta dinero, por lo cual está al alcance de todas las fortunas; y lo mismo pueden emplearlo los príncipes reinantes que los barrenderos del Ayuntamiento de Valdepeñinos.

Yo, que soy enemigo de la pereza, he decidido convertirme en adalid entusiasta del nuevo descubrimiento y lo recomiendo, sin vacilar, á todo el mundo. Estoy dispuesto incluso á derramar mi generosa sangre y á dar mi preciosa vida y á sufrir los horrores del martirio en este apostolado. Con esto prestaré un servicio incalculable, inmenso, á la humanidad, extirpando la pereza, que tantos estragos causa en nuestras filas; me haré apóstol, hombre célebre, y la posteridad me levantará una estatua, ya que yo habré contribuido con mi propaganda á levantar de la cama á la humanidad.

Estirarse, señores, estirarse. El procedimiento es infalible; más aún, sus resultados son mayores de lo que se promete, porque, no sólo se despierta el durmiente á la hora que desea, sino que se despierta antes, para que no se le haga tarde. Es una ventaja.

Garantizo, con mi propia experiencia, el procedimiento. Yo, que por necesidad me acuesto bastante tarde, lo he puesto en práctica desde que me enteré de él, y los resultados que he obtenido son maravillosos. Me pongo en condiciones de despertarme á las siete, y efectivamente, casi siempre me despierto antes de las siete.

Antes de las siete de la tarde, como pueden ustedes suponer.

CAROLÍN

DEL AMBIENTE

Lo que no muere

Muchas cosas se han venido abajo al primer estallido de la guerra actual, muchas cosas que parecían firmes, que en apariencia habían conquistado el mundo y que á muchos parecían inderrocables y definitivamente asentadas en el alma de los pueblos. En el breve espacio de un mes, de dos semanas, de una semana, ha sufrido una hondísima transformación la ideología moderna y muchas ideas que habían necesitado casi un siglo de revolución para cimentarse, en pocos días, en pocas horas han recibido un golpe mortal. Sobre todo, las llamadas conquistas de la civilización moderna, el derecho nuevo, la solidaridad humana, el altruismo, el humanitarismo, la cultura, el derecho de gentes, todo se ha derrumbado al primer estampido del cañón, como un castillo de naipes, como una balumba de telones y maderas viejas al empuje de un tramoyista. Eran fantasmas que habían seducido

á los pueblos y el primer escobazo de la realidad los ha barrido.

El hombre moderno y el Estado moderno, creación uno de otro, pues el hombre moderno es creación del Estado y el Estado creación del individuo, fecundándose uno á otro y formándose uno á otro en una sola imagen y semejanza perfecta, han arrojado la careta y se han mostrado tal cual son, es decir, con los mismos vicios y las mismas virtudes y los mismos instintos de siempre. La historia de Europa repite ahora los hechos con un mado hace un siglo. Los actores son casi los mismos, aunque en diferente actitud. Alemania repite en Bélgica lo que Francia hizo en España, casi exactamente, y el caso especial de Lovaina tienen su ejemplo en lo que hicieron entonces los ejércitos ingleses en San Sebastián.

Los estados han llevado á los pueblos á la guerra y los pueblos han seguido ciegamente; pero no á la voz del Progreso, el

Derecho y la Civilización amenazados, porque eso no son otra cosa que «palabras, palabras, palabras», como decía Hamlet. Han ido á la guerra arrastrados por instintos de violencia y por instintos de conservación y por sentimientos también violentos aunque más nobles y profundamente humanos, como el orgullo nacional y el amor á la patria.

Y amén de las materiales, se han esgrimido toda clase de armas: la calumnia, la hipocresía y la mentira; se ha resucitado el saqueo bajo el nombre de presas y de contribución de guerra y se ha atentado contra el derecho de gentes, contra el derecho de los neutrales y contra el derecho de propiedad mismo de los países alejados de la guerra. El mar, propiedad de todos los hombres, camino abierto y libre para todas las naciones, es feudo y dominio de los beligerantes y en él el derecho del fuerte es la suprema ley. Se perjudica al enemigo de todas maneras y bajo todas las formas sin sombra de respeto á los intereses de los neutrales. ¿Quiénes son los que han puesto en juego estas y las otras armas? Todos. Los que no las han puesto ha sido porque no las han tenido á su alcance. Pero todos han invocado con más ó menos habilidad el derecho, la razón, la justicia y aun la caballerosidad de su causa; todos se acusan unos á otros de ser los causantes de la guerra, de deslealtad, de crueldad, de barbarie... Cuando sobre los campos assolados y los pueblos en ruinas vuelva á lucir el sol de la paz, vendrá la historia á poner en claro las cosas; sólo entonces podremos juzgar sin pasión y sólo entonces se verá como el estado que haya invocado solamente la independencia y la gloria de su nación habrá sido el único leal.

Si, muchas cosas se han venido abajo; pero en medio de ese espasmo de violencia que ha sacudido á los pueblos y ha recorrido como un reguero de pólvora inflamada las venas y los nervios de los combatientes, han sentido también los pueblos el momento angustioso de las grandes crisis y los grandes peligros, han vislumbrado el espanto del vencimiento y el dolor agudísimo de la derrota y de la invasión, un gran estremecimiento ha conmovido todas las entrañas ante el horror de la hora trágica, y como en las supremas angustias el individuo levanta los ojos en busca de apoyo y en demanda de fortaleza, así todos esos pueblos han levantado ojos y corazón á Dios.

Emperadores y reyes lo han invocado —no obstante sus innumerables ejércitos y formidables escuadras— los pueblos se han postrado de rodillas y la única invocación al Derecho, á la Civilización y á la Libertad, pronunciada por Poincaré, ha sonado á hueco en el pueblo francés.